

## SAN MIGUEL DE ARRECHINAGA



Son varios los santuarios y ermitas con que cuenta la provincia de Bizcaya, debidos, muchos de ellos, á la devoción de los fieles, no pocos recordando el fervor y espíritu cristiano de anteriores épocas, algunos que perpetúan la aparición de la Reina de los Angeles, otros que conmemoran, ya la piedad, bien un lugar de recogimiento, quizás de penitencia, y todos, en fin, saturados de esa atmósfera cristiana, cúmulo de memorables recuerdos, que invitando á la oración reiteran una plegaria.

De entre ellos, ocupa lugar preeminente el monumento megalítico, cuyo título sirve de encabezamiento á estas líneas, y en el que su nombre casi universal viene precedido de amplias discusiones, nacidas al abrigo de la tradición y de la historia, dándole con el culto de la fama y veneración una celebridad que no arranca de que precisamente ostente en sus fachadas el sello de fastos y suntuosidad, ni porque le caractericen las circunstancias y condiciones que rodean á los demás, sino simplemente porque lleva impreso el timbre de la originalidad, que persigue en su rareza cuanto más se la estudia. Libros, revistas, obras de merítisimos escritores y eminentes publicistas confirman con sus trabajos, cuanto pudiéramos hablar sobre este particular.

En la anteiglesia de Jemein, colindante con Marquina, y que descansa en suave ladera, al pié del monte Gogorza, paraje cercano á la confluencia de los ríos que bañan el valle, teniendo á diestra y siniestra el caserío Padarra y la casa Ayuntamiento, ocultada en parte por espeso ramaje de contados árboles frondosos, se levanta la ermita de San Miguel de Arrechinaga, Arrichinaga ó Arruchinaga (pues indistintamente así la citan algunos documentos), y cuya traducción bien conocida de «sitio de piedras suspendidas» explica suficientemente su significación y alcance.

Construída la ermita en forma de exágono regular, cuyos lados miden once metros próximamente, con sus paredes lisas, exenta de ornatos y arquitectura de significación, se honra siendo fiel custodia de tal capricho de la naturaleza, cubriendo el todo la elevación de una media naranja á vuelta de cordel, y en que tres de sus lados sostienen un corredor con su balconaje para que pueda admirarse mejor ese monumento, que ocupa el centro de la rotonda.

La puerta de entrada se halla en dirección al Oeste y apenas se abre, el observador que por primera vez penetra en aquel recinto y sin prevención alguna, experimenta una impresión entre imponente y augusta dominada toda ella por la extrañeza, pareciéndole que aquella agrupación pétreo tan impropia en semejantes lugares quiere avanzar, impiéndole su curiosidad.

No lo es para menos al contemplar más detenidamente cómo se alzan majestuosas sobre el pavimento tres grandes peñas de cuarzo con vetas calcáreas, sosteniéndose unas sobre otras y produciendo un compuesto piramidal.

A su alrededor hemos medido 36 metros en su circunferencia, apoyándose sobre piedra caliza que rebasa del nivel, y formando los tres huecos allí subsistentes, otras tantas grutas, en las que se hallan sus correspondientes altares.

La piedra que se encuentra á la derecha del visitante y conforme se penetra en la ermita, es la mayor, de figura irregular, de 9 metros de altura, 8 m. 70 medida su longitud en la base del suelo y próximamente con 2 metros de anchura. Esta por su parte superior tiene una inclinación bastante pronunciada que descansa en la otra mole, situada á la izquierda, configurando una á manera de bóveda, y que simultáneamente le sirve de equilibrio en posición tan atrevida.

Se destaca del piso esta segunda, que tiene 7 metros de altura, cuatro m. 50 ancho y 6 m. 50 longitud, y su base en el mismo suelo apenas alcanza 7 metros de circunferencia.

Entre estas dos moles se encuentra el altar de San Miguel, nombre que dá á la ermita y cuya situación mira al Oeste, enfilando con la puerta de entrada. (1)

---

(1) Ha llamado nuestra atención que la imágen primitiva permanezca apartada entre las rocas fuera de altar. La sagrada imágen hoy existente fué obra de don Esteban de Agreda, escultor de Cámara de Su Majestad y Director principal de la Real Academia de San Fernando en Madrid á devoción y expensa de don Miguel Ansótegui y Berástegui, Presbítero Beneficiado de Santa María de Xemein.

La tercera y menor mide 3 metros de altura con 3 m. 50 longitud, contada en la base y 4 m. 50 de espesor, apoyándose á su vez en roca caliza que sobresale del suelo en más de un metro y que su prolongación sirve de base de la piedra mayor. Esta última descrita, aparte de que sirve de sostén á las demás y completa posición tan forzada, deja con las designadas anteriormente otros dos huecos suficientes, donde se encuentran dos altares. El de San Jacinto (de la Orden de Santo Domingo) en dirección al Sur, y que en su parte superior tiene un cuadro de Santa Polonia.

Estas dos piedras, que rodean al altar, se hallan castigadas al golpe del cincel ó martillo, debido á la piedad de los fieles que, al padecer dolores de muelas, acuden á la Santa Protectora y llevan de recuerdo un pedacito de la roca.

En sentido opuesto al primer altar, ó sea en sentido del Este, se encuentra otro, que venera las imágenes de San Antolín en el centro, quien tiene á su derecha la de San Fausto y en el otro lado la de Santa Magdalena.

La situación de estas tres rocas forma una elegida combinación, digna obra de algo más superior al hombre, pretendiendo descifrar posición tan peculiar de las leyes del equilibrio, al fijarse en que la mole mayor que se destaca por su parte superior en forma ganchuda, al mismo tiempo que descansa sobre las otras dos les sirve de sostén en posición tan oblicua.

Después de esta ligera descripción, hecha con intención de dar una idea, aunque aproximada, de este curioso monumento, se le ocurre preguntar á cualquiera: ¿Es obra de los hombres, remontándose á contados siglos de nuestros antepasados, ó se trata de una obra de la naturaleza?

Divaga la imaginación al pretender una respuesta que fuera completamente satisfactoria, máxime, como decíamos en un principio, después de las sabias y encontradas opiniones aducidas sobre esta materia; así es que la nuestra, modestísima, será la adición de otras que al montón de una curiosidad se adaptan en los escarceos científicos.

Hagamos mención, primeramente, del dato tan negativo de no observar en ellas signos, inscripciones, ni vestigios especiales que puedan ilustrar el asunto con un perfecto conocimiento, más difícil aún cuando los archivos no guardan documentos sino desde el siglo XVI, y aumentando la confusión al considerar la opinión antes emitida, de que no de-

be clasificarse como monumento druidico el de Arrechinaga y aborigena de estas montañas con análogo objeto al que tenían algunos monumentos celtas, que después de servir para glorificar el culto al valor ó para honrar algún sepulcro de héroe ó esforzado guerrero, luego se consagrarse al culto cristiano.

Con tales precedentes, y algo estudiada la contextura, situación y disposición de las rocas, no cometeremos señalado error al consignar que no se trata de «piedras vacilantes», ni «curvas», ni que sean «túmulos», «alineamientos», «trilitos», «portales», «cromlech» (en círculo), ni que ostenten como señales el carácter de «menhir», «peulven», ni «dólmenes» ya que representasen á sepulcros de forma y dirección determinadas, ó de altares empleando la de «Taol» ó «Dol.»

Hállame también todos contextes al reiterar que no es obra, ni de «celtas», ni «cartagineses», ni «romanos»... ¿Qué nos queda en este problema?

Nada que revele el esfuerzo humano... Cedamos algo dentro de nosotros, rindamos culto á la verdad, descartados de apasionamientos, que no se necesitan grandes esfuerzos para confesarlo, y estudiando este proceso desde sus mismos antecedentes; veremos cómo nos invita á declarar que se trata de una formación natural. La adquisición de pruebas no exige grandes dificultades, y parece ser que allí mismo quieren permanecer como mudos testigos.

En efecto, la ermita se halla al pié de la inclinación que forma un montículo próximo, provista de rocas; á dos metros y en la fachada posterior, por donde hay un camino carretil, existe una mole como las del monumento; es más, en un viñedo próximo y en ligero declive, como á 20 metros de la ermita, hemos visto tres piedras que ocupan una posición análoga, sosteniendo dos de ellas, calizas, á una mayor de cuarzo, aunque de menores dimensiones, y que el arrastre de tierras, ayudado por la mano del hombre, confirmaría la representación que se solicita; y, por último, en aquellas cercanías hemos observado, si bien aisladas rocas de cuarzo, ítem más, que no sería el primer caso de encontrarse rocas equilibradas. (1).

---

(1) Al notar humedad en el piso del Santuario, se me ha explicado que era debida á la existencia de una próxima fuente subterránea. Creemos, por tanto, que sería muy conveniente se efectuasen con el debido detenimiento las excavaciones necesarias para ver si procede la ejecución de una obra que evite que por el factor tiempo, elimine el agua la tierra del subsuelo, en perjuicio de este monumento.

Háblase de que la ermita tuvo sus frailes con objeto de custodiar mejor ese monumento, y se estima que se construyó entre los siglos XI al XIV, reedificándose posteriormente el año 1734 é inaugurándose nuevamente en 1741.

Algunos años antes, ó sea el día 17 de Agosto de 1646, fray Cristóbal Carleto, franciscano, Obispo de Firminiense, obrando como delegado del Doctor D. Pedro Gonzalez del Castillo, Obispo de Calahorra, consagró el altar de la ermita de San Miguel, declarando que era semejante al milagroso, sito sobre el monte Gargano, en Apulia.

Así consta en una copia del documento original extendido el 29 de Septiembre de 1824, por el Doctor don Ignacio Luis de Astarloa, y que encerrado en un cuadro pende colgado de una de las piedras.

El Arzobispo de Zaragoza, D. Bernardo Caballero, concedió con fecha 4 de Julio de 1826, ochenta días de indulgencia á los que rezaren un Padre Nuestro y Ave María ante su imágen, y otros ochenta dias á los sacerdotes que dijesen su antifona «Princeps gloriosissime» con el versículo y la oración propia, y también el Obispo de Calahorra y otros Prelados la enriquecieron con indulgencias.

Hoy día, y á medida que su fama más lo pregona, son muchos los visitantes, especialmente extranjeros, que acuden a contemplar este monumento, saliendo todos con la grata impresión que producen curiosidades como la de San Miguel de Arrechinaga, que sirven para admirar una vez más las obras del Creador.

RAMÓN SORALUCE.

